

Violencia y adolescentes

Desde golpes y humillaciones recibidas en casa, pasando por el rechazo de un compañero o compañera de aula por ser diferente, hasta pautas violentas en las relaciones de noviazgo o con sus profesores y profesoras son asuntos de la vida cotidiana de adolescentes de ambos sexos en Cuba, que preocupan a especialistas de diverso signo. Para reflexionar sobre estos asuntos, a partir de sus experiencias en talleres y acciones de investigación, **No a la Violencia** invitó a la psicóloga Idania Rego, investigadora auxiliar del Grupo de Estudios sobre Juventud del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociales (CIPS), del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente; a Rodolfo Romero, periodista y coordinador del proyecto *Escaramujo*, una intervención en grupos de adolescentes de espacios sociales vulnerables que se organiza desde la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana; Yohana Lezcano, también periodista y educadora popular del Centro Memorial Martin Luther King, y Karen Alonso, comunicadora social e integrante de *Escaramujo*.

Según sus investigaciones, ¿cómo se manifiesta más comúnmente la violencia en la adolescencia, hacia adolescentes y entre ellos? ¿Cuáles son sus causas fundamentales?

Idania Rego: *Las formas más comunes de manifestación de la violencia entre adolescentes son la violencia física –ya sea con golpes, empujones-, la verbal, que puede recurrir a gritos, insultos, y la psicológica, ya sea con silencios, rechazos, chantajes emocionales.*

La violencia es un fenómeno multicausal que tiene en su base desequilibrios de poder entre las partes implicadas en ella, así como aprendizajes de comportamientos inadecuados que se reproducen en la vida cotidiana de los y las adolescentes. Por ello es importante reconocerla en su carácter relacional y de proceso, en el cual se configuran valores, representaciones, aspiraciones, pautas de relación.

Elementos como un entorno de socialización inadecuado y la invisibilización de la violencia, es decir, no poder identificarla en sus diferentes manifestaciones por asumirla como algo “natural”, favorece que se asuma como modos legítimos de actuación entre los adolescentes, y de ellos y ellas con los adultos.

Rodolfo Romero: *Entre ellos se manifiesta de forma verbal, a través de las burlas, nombretes. También mediante juegos de manos, que pueden hacerse más agresivos y en ocasiones tornarse violentos.*

Cuando la violencia es hacia ellos, lamentablemente muchas veces viene de sus padres, madres, o padrastros y madrastas. Cuando las familias son disfuncionales, o en ellas hay síntomas de alcoholismo o drogadicción, pueden ser más frecuentes los maltratos, incluso a veces incurren en lesiones, abusos lascivos, etcétera.

Las causas de la violencia entre adolescentes están la necesidad de competir, de sobresalir, de ser el centro. También la influencia de otros coetáneos que son más violentos, andan en pandillas, entre otras.

Yohana Lezcano: *La violencia en la adolescencia tiene múltiples manifestaciones y representaciones, como la violencia en sí misma, independientemente del grupo etario al que se pertenezca. Por ser la adolescencia un período en el que importa, sobre todo, la relación con los coetáneos, es visible que las conductas violentas se representen más sistemáticamente en la construcción de grupos, o en la conformación de parejas. Otra manifestación de violencia puede ser entendida como el incumplimiento o la ruptura con la norma social, que hoy se traduce cada vez más en indisciplinas sociales, muchas veces repetidas por moda o por lo que va ser bien visto o aprobado por el grupo más cercano. Ahí aparecen frecuentemente el acoso a quienes son “diferentes”, los liderazgos negativos, casi siempre también vinculados a la aceptación social, y la violencia de género, marcada por los patrones sociales aprehendidos como roles de hombres y de mujeres, alimentados por una concepción patriarcal de la vida.*

De cualquier manera, las generalizaciones en estos temas siempre deben ser miradas con ojo crítico. Y es que cada historia está marcada por causas diferentes, por distintas maneras de

reaccionar ante agresiones del contexto y por la voluntad que tenga cada persona para desaprender prácticas violentas.

Teniendo en cuenta esa premisa, creo que una de las causas fundamentales de la violencia en la adolescencia tiene que ver precisamente con la reproducción de prácticas violentas en la cotidianidad de cubanas y cubanos. Vivimos en un mundo violento. Cada vez hay más violencia en los medios de comunicación tradicionales y alternativos, en las familias, en las escuelas, en la sociedad en sentido general.

La necesidad de experimentación, incluso de transgresión de los límites en tiempos en que se están recibiendo múltiples modelos de comportamiento desde diferentes áreas y personas, puede incidir en la percepción que se tiene en cuanto a lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto, lo violento y lo no violento, al punto de percibir como "normal" o "natural" lo que alguien quiere sea visto de esa manera, o lo que sencillamente no lo es. Esto, repito, no es exclusivo de la adolescencia, pero en esas edades las personas pueden ser más susceptibles a repetir patrones de conducta con menos capacidad crítica y de discernimiento, sobre todo si no se tiene un respaldo educativo que ayude a desarrollar conciencia crítica, a conformar sólidos sistemas de valores, a tener la ética como centro de la vida.

Todo ello se complejiza cuando se vive en un mundo en el que predominan relaciones de dominación donde constantemente estamos sujetos a situaciones en las que es más fácil responder de forma violenta. Construir un camino diferente es más complejo, implica más tiempo y más ganas.

Karen Alonso: La violencia, como todo fenómeno complejo, tiene múltiples formas de manifestarse, algunas, incluso, poco entendidas como formas de violencia porque suelen camuflarse en el desarrollo natural de las relaciones sociales. En la niñez y la adolescencia las formas de violencia se instauran como patrones externos, aprendidos en los espacios de socialización más importantes durante esta etapa de la vida: el hogar (familia), escuela y comunidad (barrio). Por supuesto, se agregan los medios de comunicación, que de una forma u otra condicionan también comportamientos.

¿Cómo trabajar con adolescentes de ambos sexos para prevenir manifestaciones de violencia? ¿Cuáles son los espacios más propicios para las labores de prevención?

IR: La prevención requiere de un enfoque sistémico, que permita articular diferentes escenarios, actores, recursos, y tener en cuenta las condiciones que favorecen esas acciones, así como los factores de riesgos o condiciones desfavorables. Por ello, espacios como la familia, la escuela y la comunidad resultan clave para la labor de prevención, teniendo en cuenta el papel que tienen las experiencias anteriores que portan los y las adolescentes, la importancia que adquiere el grupo de amigos en esta etapa de la vida, el rol que pueden jugar los adultos en el acompañamiento desde el respeto y el diálogo, así como la necesidad de ser coherencia en los mensajes que llegan desde los diversos agentes socializadores.

Para el trabajo se requiere tener muy presente la diversidad de este grupo, pues si bien comparten características comunes propias de la edad, hay otros elementos como el sexo, color de la piel, territorio, historias personales de vida, nivel socioeconómico, etc., que constituyen mediaciones en la conformación de la subjetividad individual, a partir de las experiencias de vida concretas.

Para la prevención de las manifestaciones de violencia se debe estimular la capacidad crítica, enfocar la construcción de alternativas desde un enfoque propositivo que refuerce las conductas positivas, la co-responsabilidad y la formación de habilidades comunicativas que permitan el diálogo y la comprensión, así como el empleo del aprendizaje vivencial que permita la aplicación de los conocimientos a las realidades que viven. Asimismo, la utilización de herramientas como historias contadas, dramatizaciones, productos audiovisuales, pueden contribuir mucho, no desde el discurso y la "fría" racionalidad, sino desde situaciones concretas que les permitan identificar la violencia en otros para repensarse a sí mismos y a su entorno.

RR: Desde nuestra experiencia, el espacio más frecuente ha sido la escuela. Pero entendemos que es insuficiente, sino tiene un efecto en la familia o en la comunidad. Sugerimos trabajar en espacios que fomenten la creatividad colectiva, la comunicación dialógica, la participación, la recreación sana... y donde se compartan valores de solidaridad, honestidad, compañerismo, entre otros.

YL: Desde mi práctica, la concepción y metodología de la Educación Popular es una de las alternativas más ricas para el trabajo con adolescentes, porque invita siempre a trabajar en grupo, a construir un sentido de colectividad que no renuncia a lo individual, pero que se preocupa por el bienestar común, más allá de la sola ganancia personal. Además, permite recrear la espiritualidad, sentir y vivir procesos colectivos para la participación sustantiva, para compartir valores y sentidos de vida inclusivos, emancipadores.

La EP invita a un proceso de concientización de la propia práctica de vida de las personas (en este caso, invita a entender el contexto de violencia en que se desarrollan los adolescentes) y busca el desarrollo de alternativas, iniciativas, herramientas para el empoderamiento de esas personas, o sea, que se sientan capaces de luchar por transformar la realidad, conociendo sus límites.

Desde el proyecto Escaramujo, iniciativa educocomunicativa que trabaja con adolescentes en situación de vulnerabilidad social y que han cometido hechos que la ley tipifica como delitos, apostamos porque los adolescentes recuperen de sus experiencias las vivencias positivas que les hagan luchar permanentemente por no perder la capacidad de soñar, por no perder la esperanza y sentir que pueden ser útiles para sí mismos, para su familia y para la sociedad toda.

Responder antes sus necesidades y expectativas reales, reconociéndoles como actores de cambio y no solo como víctimas o victimarios, da siempre buenos resultados. Ponerse en su lugar, recordar los tiempos en que las personas adultas fuimos adolescentes y ser siempre espontáneos y auténticos es la mejor manera para propiciar verdaderos espacios de transformación. Quien así lo haga debe dar testimonio con acciones, con comportamientos, y no solo desde el discurso. Tampoco funcionan mucho las frases manidas, las llamadas de atención adoctrinadoras. No se puede hablar sobre ética si se grita, si se agrede físicamente, si se coacciona psicológicamente, si no se escucha... Hay que ganar su confianza, pero no para que hagan lo que queremos como meros objetos de estudio, sino con el compromiso de viabilizar un proceso en que ellos mismos necesiten vivir sin violencia, entendiendo que la violencia no solo tiene que ser un hecho delictivo, un golpe, un moretón.

Lograr que la existencia de estos espacios de diálogo y concientización no sean excepción, sino regla, sería la mejor manera de prevenir la violencia para adolescentes y para no adolescentes.

KA: Según mi propia experiencia investigando el tema, la adolescencia es un grupo vulnerable desde el punto de vista del desarrollo psicosocial, para ser víctima de violencia. En estas edades se tiende a adoptar e imitar conductas, consideradas acertadas por buena parte de la sociedad, que constriñen a un marco muy cerrado de comportamiento. Quienes más se aplican en el cumplimiento de estas normas sociales, más posibilidades de éxito tienen en el grupo del que son parte. Quienes se alejan más de tales patrones hegemónicos, tienden a ser objetos de violencia de todo tipo. Las causas las encontramos en el entramado social, en la forma en que está diseñada una sociedad que todavía no es plural.

¿Dónde considera que están los mayores desafíos en este camino?

IR: La coherencia entre el discurso adulto y la acción, entre el deber ser y la práctica cotidiana, ya sea en la familia, en la escuela, en el barrio, es uno de los mayores desafíos, al que acompañan otros como reconocer que es un problema que no debe ser invisibilizado o silenciado, que tiene muchos modos de manifestarse, no solo la violencia física; y que daña de una forma u otra, tanto a quien la recibe como a quien la ejerce. Romper con estereotipos sociales que legitiman la violencia, potenciar una educación (en su sentido amplio) de los adolescentes,

que brinde herramientas, alternativas que permitan comportamientos no violentos ante las diferentes situaciones que deben enfrentar, y comprender que la violencia es un proceso dinámico que puede modificarse, que se puede desaprender lo aprendido y construir nuevas formas no violentas de relacionarse.

RR: Lo más difícil es atrapar su atención con propuestas novedosas y que ellos consideren de utilidad. También es un desafío lograr un impacto real en sus vidas cotidianas y una continuidad posterior al taller, o a la intervención que se haya realizado. Hacer algo que haga la diferencia en sus vidas, ese es el mayor reto, lograr que ellos sientan que nuestra propuesta es diferente a las demás y le es útil en algún sentido.

YL: Formar estilos y sentidos de vida en los que el dinero no sea el centro de la vida y sí lo sean las relaciones humanas placenteras, el bienestar común y la felicidad, es un buen camino para apostar por un mundo menos violento.

En ese sentido hay que luchar (y de hecho ya existen experiencias de varias personas que integran esa lucha) por un entono educativo visto cada vez más desde la inter y la transdisciplinariedad, en el que confluyan armónicamente la familia, la escuela, los medios de comunicación, las organizaciones de masas que hoy en Cuba existen a nivel barrial: CDR, FMC, y la comunidad toda. Solo así lograremos entretejer relaciones humanas de respeto, diálogo, equidad, justicia y solidaridad.

KA: Los desafíos más grandes en la prevención de la violencia en la adolescencia se encuentran en la triangulación de aprendizajes no violentos en los espacios de socialización más importantes. La familia y la escuela constituyen los pilares de cualquier transformación, por tanto, trabajar de conjunto en ambos espacios debe ser una acción sistemática. El trabajo para la prevención de conductas violentas, y para la detección de violencia simbólica, debe ser un constante ejercicio de desmontaje de prácticas tanto individuales como colectivas. Las metodologías para trabajar directamente con adolescentes deben aplicar las líneas conceptuales del trabajo en grupo como espacio donde el aprendizaje y el crecimiento como seres humanos necesitan obligatoriamente del aporte del otro, o de la otra. La inclusión y el respeto como resultados de aprendizaje en un grupo pequeño pueden extrapolarse a comunidades o grupos más grandes. De esta forma, se acostumbra, desde edades tempranas a tener en cuenta opiniones y conductas con las que no necesariamente se está de acuerdo, pero que es importante respetar. Ponerse en el lugar de otras personas y respetar las individualidades, pero tratando al mismo tiempo de poner en consonancia esas diversidades con una identidad grupal, puede ser una forma acertada de trabajar con adolescentes temas como la violencia de género.

El consumo cultural es otro factor que necesita tenerse en cuenta si se quiere prevenir la violencia de cualquier tipo. Los productos comunicativos consumidos por adolescentes, y los más gustados por cierto, están cargados de violencia simbólica. Por lo tanto, este es, a la vez, un espacio propicio para la prevención y un desafío ineludible. El consumo acrítico de películas, canciones y otros productos comunicativos conlleva, tristemente, a la imitación de conductas agresivas. La creación de productos comunicativos más inclusivos y menos cargados de estereotipos representa un espacio del que es imprescindible apropiarse; pero también son necesarios momentos de desmontaje y crítica de lo que se está consumiendo.